



EL LLAMADO DEL *RELOX*

José Manuel Chacón

EL LLAMADO DEL *RELOX*



Primera edición: julio de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Manuel Chacón

La foto de la portada muestra parte de las ruinas de la iglesia de Nuestra señora del Carmen, que inició su construcción un 9 de abril de 1638. Al igual que la mayoría de iglesias de lo que hoy es Antigua Guatemala, sufrió el embate de los diferentes terremotos, especialmente de los de 1773. Al fondo el imponente volcán de Agua.

ISBN: 978-84-18828-42-3

ISBN digital: 978-84-18828-43-0

Depósito legal: M-22607-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Jade, Maya y David

La historia nunca será confiable,
dependerá de quien la cuente,
de quien la escriba y
en algunos casos misteriosos,
de quien retorne y la viva...

LLENA DE VIENTOS Y ROCÍOS

Antigua Guatemala, enero de 1834

Van estas letras con la intención de dexar un testimonio a mi descendencia, de los tiempos en que llegué a destas tierras, de quien fue mi padre, el que fuera el virrey de la Nueva España e además para ajustarle alas e voz a mi corazón. E para también hablaros de que amé a un hombre llamado Gato de Monte.

Escribo agora, con mi castilla poco cultivada, e pues hago la advertencia de haber nacido en Catalunya e luego durante mi niñez la viví en tierras lusitanas donde la lengua española se hace extraña.

Escribo agora en este frío mes, cuando acabo de cumplir ochentaiuno años. Antes que la mente se me llene de telarañas, e deje de hilvanar con lucidez. Por sentir en el tiempo los primeros años de mis mocedades, de todo eso e de todo cuanto vide en estas tierras de indios e hidalgos...

PUERTA DE ALCÁNTARA, ENERO DE 1771

Por el viejo y románico puente de Alcántara, cortando la fría ventisca de este año, los seis arcos de tallado granito eran testigos impávidos de la silueta de una joven mujer que se esforzaba por atravesar su arcaica extensión. Debajo de sus pilares bramaba el Tajo, que hacía vanos esfuerzos por lamer con sus espumas encabritadas el «Al-qantara», palabra que recordaba los orígenes árabes de esta región, compartida en el pasado por lusitanos y extremeños, ambas etnias descendientes de culturas celtas prerromanas, que en esta fecha solo estaban conectadas por este añejo macizo, que fuera dedicado al emperador Trajano de la antigua Roma.

Un pedazo de luna intentaba esconderse entre la bruma. El húmedo *sirimiri* que resbalaba por una piel mozárabe, resistiendo la fuerza del viento que hacía murmurar los arcos del Al-qantara, la joven mujer blindaba su esfuerzo, a manera de hacerse insensible a su entorno, con sus pensamientos que la enfocaban a los motivos que la hacían emprender su largo viaje, el cual estaba llegando a su fin.

Las palabras de su recién fallecida madre cobijaban su esperanza: «Busca a tu padre, es el Caballero de la Orden de Alcántara, es su gobernador. Búscalo y dile que tú eres su hija».

Siempre supo que tenía un padre de origen catalán, igual que su madre, pero de que perteneciera a la nobleza, nunca había pasado por su mente. Hasta ahora, que esas palabras seguían inmutables: «Caballero de la Orden de Alcántara».

Jamás conoció los motivos del porqué su madre decidiera llevarla a vivir a la antigua ciudad lusitana de Coímbra. De las pocas cosas que de ella sabía es que se enorgullecía de su sangre mora y que era cristiana solo de palabra, aunque su nombre, Halina, le delataba su origen mauritano. Quizás por eso mismo, había heredado también el nombre árabe: Zahara, o bien Sara para los de Castilla, además de sus grandes y hermosos ojos negros.

Su *mare* se había llevado tantos secretos. Eran esos acaso los que la arrojaban ahora hasta la Puerta de Alcántara, en busca de un desconocido que podría ser su padre.

El viento continuaba desmadejando no solo sus cabellos, sino sus preguntas que también las arrebatava: «¿La reconocería su padre? ¿Llevaría ahora otro apellido?». Las respuestas llegaban de inmediato desde su interior: «No, seguiré siendo una Alamar y que Allah me guarde».

El Al-qantara la dejaba en tierras toledanas, entre la espesa bruma creía divisar a lo lejos y en el empinado cerro, la silueta del castillo de San Servando, el lugar donde probablemente despejaría todas sus dudas.

En uno de los dinteles del puente, que estaba siendo tragado por la negrura del temporal, se lee en caracteres romanos: «Este puente durará mientras dure el mundo».

*

—¡*Em cago en deu!*

—Tranquilo, Martín, que no es para andar con un frío en las pelotas...

—¡Joder! ¡Que la noticia me ha caído como agua fría!

Así exclamaba esa mañana el gobernador de Alcántara frente a su amigo, el también Caballero de la Orden, Julián Azcona, exaltado por las noticias que le llegaban de Madrid y el anuncio de uno de los gendarmes del palacio, sobre la moza que requería su atención. A pesar de su carácter frío y de estar acostumbrado a enfrentar

durante toda su vida momentos difíciles, los acontecimientos de esa mañana le provocaban emociones encontradas que no sabía definir: sorpresa, cólera, alegría... Lo de Madrid podía intuir de qué se trataba, probablemente de otro tinglado creado por sus enemigos en la Corte Real, que si bien le molestaban, lo sabría manejar. Y lo de la joven que solicitaba audiencia, pues no tenía nada extraño, total casi a diario recibía en su despacho a muchas personas, salvo por un detalle, se llamaba Zahara Alamar y a manera de presentación agregaba ser hija de Halina Alamar.

—¿Y por ventura sabéis qué significa para mí el nombre de Halina?! —preguntaba el gobernador, mientras se servía otra copa de vino.

—Entiendo que fue esa dama que conocisteis en Pamplona o en Barcelona, esa de la que siempre mencionas como muy *fermosa*... y que a pesar de los años no habéis olvidado —se esforzaba por contestar Julián.

—Sí, Halina, cómo poder olvidarla... —El gobernador parecía encontrar la calma, mientras emitía un largo suspiro—. Fue en mis años mozos. Y de eso, que ha pasado mucha agua bajo el puente... Y ese es el asunto: esa joven que espera en este momento en las puertas del castillo puede ser mi hija.

—O podría ser de otro, alguna coincidencia..., qué se yo —replicaba Julián—. Lo cierto es que la única forma de comprobarlo es que la dejéis entrar, vamos...

—Tenéis razón, pero tengo un presentimiento. *El cor no parla, però endevina*... Hacedla pasar y que la Santa me ampare.

No pasó mucho tiempo para que la joven Alamar fuera ingresada hasta el despacho del gobernador, donde este la esperaba.

Grande fue la impresión que sintiera don Martín al encontrarse con la todavía supuesta hija ilegítima, al extremo de que al verla sus labios no pronunciaron palabra por breves segundos, tiempo suficiente para trasladarlo de golpe a su recordada y amada Barcelona. Tenía frente a sus ojos la imagen de quien fuera la mujer que más había amado en la vida y con ella todos los recuerdos de

su juventud, cuando iniciaba sus servicios en los reales ejércitos de su majestad. A pesar de su vestimenta humilde y maltrecha, su cabellera desaliñada por la ventisca, la visitante era el vivo retrato de su madre, heredando además su porte altivo que lo observaba sin complejos. Por un momento los ojos del gobernador se humedecieron, su corazón se encontraba acelerado, pero a pesar de la fuerza de sus emociones no perdió el control, pretendió con mucho esfuerzo mantenerse frío y cauto, mientras ofrecía dónde sentarse a la recién llegada.

—E bueno, ¿podéis decirme en qué puedo servirlos? —Al tiempo que preguntaba, Mayorga se encaminaba en busca del vino, quizás una forma para ocultar su nerviosismo y el temblor de su voz. Sin esperar respuesta, lanzó una segunda pregunta—: ¿Cómo te llamáis?

—Zahara..., y soy hija de Halina Alamar. Y a ruego de ella es que vine a veros... Ella mencionó que vos eras... mi familia.

Su acento lusitano y la pausa para hablar hacían que la emoción del encuentro lo mantuvieran perplejo, pero hacía falta algo que esperaba escuchar, algo que la joven entretenía.

—¿Y qué pruebas tenéis para sostener tan delicada aseveración? —preguntó casi como un murmullo el gobernador, como si las palabras se le atrancaban en la garganta.

—No tengo ninguna —expresó la joven—. Dijo que os mostrara... —La visitante hizo una nueva pausa, se puso de pie, dio la espalda y, para alterar más las emociones reprimidas del gobernador, desnudó parte de su dorso y dejó al descubierto una mancha café que asemejaba ser un corazón—. Dijo que vos tenías un lunar igual, y en el mismo lugar... Dijo que vos eras...

—Sí, yo soy... tu padre..., no cabe duda... —interrumpió quedamente Mayorga, mientras se acercaba para abrazar a su hija.

Permanecieron por unos momentos fundidos en un abrazo nuevo y extraño, ambos con los ojos húmedos de emoción.

Semioculto y a poca distancia de la sala, Julián era testigo silencioso de lo que ocurría. Al recién propuesto por su majestad

Carlos III, para ser el gobernante del Reyno de Goathemala y presidente de su Real Audiencia, le había llegado, por la Puerta de Alcántara, una hija llena de vientos y rocíos.

En esos lexanos tiempos yo apenas había cumplido los diecisiete años, es posible que mi padre don Martín de Mayorga y Ferrer, en ese final del hivierno aventaxaba unos cincuenta años. Fue muy poco tiempo el que tuve para conocerlo en esos días, ya que muy luego tuvo que partir a Madrid, obedeciendo solicitud de su Majestad. Me contó que se encontraba casado con doña Josefa Valcárcel y Daoiz, natural de Pamplona, e fruto de este matrimonio tenía dos hijos varones, Pedro y Francisco, e una hija hembra, María Cayetana, hermanos y hermana que nunca conocí. Supe también que la dicha esposa era dama de la reina, doña María de Braganza, madre de S.M. Carlos III.

Con cierta congoxa retratada en su rostro me dixo que mi presencia le podría causar problemas con doña Josefa por ser una muger muy desconfiada e que tener una hija ilegítima no sería bien visto en la corte e pondría en peligro su carrera militar, pero que no me preocupara, si todo caminaba como hasta entonces, estaría a buen recaudo e bajo su protección.

Pasaría mucho tiempo después de esa fecha en que lo vide nuevamente. Aún recuerdo su semblante triste cuando recibió de mi boca la noticia, de que mi madre había muerto... Algunas veces las noticias buenas e malas llegan juntas.

AL PIE DEL HUNAHPÚ

Valle de Panchoy, junio 1771

Noche brumosa, nubes negras como tierras pantanosas que pretenden tragarse todo lo que tocan: la luna nueva que muestra sus dos afilados colmillos, los cerros de pinos y encinos, los murmullos de los arroyos, el latido de *sotz'* el murciélago, el vuelo de *raxwonon* el ronrón y todo el Valle de Panchoy o Laguna Grande, donde se establecía la tercera ciudad del llamado Reyno de Goathemala, la Muy Noble y Muy Leal Santiago de los Caballeros.

En lo alto de un cerro, en las faldas del volcán Hunahpú, que con su único ojo de cíclope domina la ciudad, el fuego de una hoguera abriga a un *ajq'ij* o contador de los días que derrama en su antiguo idioma kaqchikel una rogativa que se esparce en el viento frío:

Malyox Uk'ux Kaj,
Malyox Uk'ux Ulem,
Malyox che nuch'umilal...

—Gracias, Corazón del cielo, Corazón de la Tierra, estrella luminosa, abuelos y abuelas, luz dorada de las *chupuy q'aq* las luciérnagas, vientos que se levantan en el bosque y llegan a los ríos sonoros, nubes de negro algodón, animales de la noche. Gracias a vos, hermano Hunahpú, Volcán de Agua; y a vos, Chi K'ak',

Volcán de Fuego, por perforar con tu hocico celeste el guacal por donde se filtra la luz de las estrellas...

A vos, Hunahpú, señor cerbatanero que enterraste la *B'ulb'u'xyá*, la anterior ciudad de los Tonatiuh, llenándoles de agua y lodo sus bocas...

El rostro del viejo *ajq'ij* resplandecía con la llama que estallaba al contacto de los granos de copal y bordeaban sus miles de arrugas, talladas por los cientos de años que habían visto pasar...

—A vos también, *Kab'raqán*, que mueves las hamacas de los montes y a todos ustedes, abuelos y abuelas creadoras, hermanos del aire y de la luz, los convoco, les ruego que escuchen mis palabras, para que los *b'ij amaq'* extranjeros invasores que han llegado en sus caballos de mar, a quitarnos nuestras tierras, nuestras sementeras, nuestros cacao, nuestras hijas y amenazando nuestras vidas con el rayo de fuego que portan en su atadura.

Pedimos que les llenen sus cabezas de *kaqrub'* hormigas bravas, que sus corazones engendren temores, que sus casas se llenen de plagas de *jut xkolob'* gusanos y lombrices, que las aguas del *Chobnekyá* suban por sus paredes, que las grandes campanas de sus iglesias se derrumben, que llueva ceniza sobre sus techos y plazas y que nos dejen vivir en paz...

La rogativa continuaba esparciéndose por todo el Valle de Panchoy, como niebla blanca que se acuesta en los montes y sirve de alimento a los volcanes, hasta que llegó la aurora para sacudir todos los cantos de pájaros, empapados de sereno.

PÉNDULOS

Nueva Guatemala de La Asunción, 2015

Péndulos oscilantes desenroscaban su cuerda metálica haciendo mover una pareja de agujas, estableciendo un vigoroso y rítmico marcado del tiempo, se esparcían por toda la vieja casa del barrio de Jocotenango. Una buena parte de ellos se situaban en la pared, moviendo sus colas metálicas, contentas de estar libres de sus añejas cajas de madera; otros se ubicaban en diferentes partes de las habitaciones y al pasar cada media hora toda la vetusta casa fragmenta sus silencios y vibra en sonoras campanadas producidas por los pequeños martillos que obedecen el compás de los badajos, para luego poco a poco, después de esperar a los que retrasaban su armónica marcha, los silencios que se habían escapado en desbandada, volvían a reagruparse y mantener la rutina que imponía Cronos y el avance de sus agujas del tiempo.

En otra habitación, otra aguja avanzaba en la piel del relojero, disciplinada, igual que las anteriores, todas las mañanas encontraba una parte del abdomen o los muslos para depositar algunas unidades de insulina, para luego terminar en el bote de la basura junto a la jeringa desechable. Esta rutina permitía al joven mantenerse como una persona normal y poder dedicarse a sus faenas llenas de pequeñas ruedas con engranajes, cuerdas, volantes... que daban vida al tictac y otras veces a la lectura o al solitario tablero

de ajedrez... Así transcurría un día estándar de Luciano, el joven relojero. Había aprendido el oficio de operar a corazón abierto estas cajas de resonancia, de su padre ya fallecido, de él heredó además de la vieja casa la especialidad de reparar relojes antiguos, los de péndulos oscilantes. Pero esa mañana, la rutina se vería alterada con el ingreso a su pequeño taller de una persona que se hacía acompañar de tres guardaespaldas, que no se esforzaban por ocultar sus armas de fuego. Después del saludo respectivo y de explorar visualmente el interior de la habitación y de reparar en el cuchicheo de los relojes, el desconocido inquirió:

—¿Se encuentra tu papá?

—No, no se encuentra —contestó el joven relojero—. Murió hace dos años. Yo estoy a cargo ahora del negocio.

—¿Y vos podés reparar relojes antiguos, de estos de péndulos?

—Claro, esa es nuestra especialidad, como puede ver.

—Pregunto porque hace un par de años tu papá me reparó uno, pero si vos podés... —El desconocido no miraba a los ojos cuando hablaba, prefería seguir observando los relojes, en especial uno que se encontraba en una esquina, reloj de pie—, similar a esa imitación de Grandfather's Clock que tienes allí...

—Tiene razón en decir que es una imitación de reloj antiguo, pero no es un Grandfather's. Este es un reloj fabricado en Estados Unidos en el siglo pasado. El que usted dice es el clásico reloj inglés, que se pusieron de moda a finales del siglo XVII.

—Bueno, lo que quiero decirte es que tengo uno muy antiguo de este estilo y con una maquinaria muy pesada, no funciona, que no es el que reparó tu papá.

—Me gustaría verlo, señor.

—Pues saca tus cosas, lo tendrás que ver en mi casa.

El antiguo y mencionado reloj se encontraba en una de las salas de una lujosa mansión ubicada en las afueras de la ciudad, en una de las zonas urbanas exclusivas, en el área conocida como Carretera a El Salvador, fuertemente custodiada por más agentes de seguridad.

—Allí lo tienes —dijo el magnate.

Luciano no ocultó su asombro y se fue acercando lentamente para ir admirando el objeto que tenía enfrente, al mismo tiempo que pretendía hacer una descripción del mismo.

—Esta es una pieza preciosa, nunca había visto una igual, solo en los libros. Es posible que perteneciera a las fábricas de relojes creadas por la Corona española a finales del siglo XVIII, durante el reinado de Fernando VI o de Carlos III, es decir, de la dinastía de los Borbones. Estos relojes también son conocidos como de caja alta... —Mientras el joven relojero hablaba, el magnate mantenía silencio, de cierta manera perplejo por el conocimiento sobre relojes del visitante, hasta que este lo indagó—: ¿Y puedo saber cómo lo adquirió?

—Esa no es cuestión que te incumba, muchacho. Lo único que quiero es que me digas si puedes repararlo, hacer que camine.

—Puedo hacerlo, pero tendría que inspeccionarlo, ver su maquinaria, y eso no es cuestión de horas, requiere de una semana por lo menos.

—Me parece, en el entendido de que el reloj o alguna de sus partes no sale de esta sala; es decir, que tendrás que venir a trabajar aquí, ¿de acuerdo?

El magnate hablaba de manera arrogante y sin esperar una respuesta dio por terminada la reunión, llamando a una encargada para que afinara los detalles del trabajo, relacionados con el costo de la reparación de la antigüedad, los horarios de trabajo...

El relojero negoció con la administradora o ama de llaves. Supo que se llamaba Amelia, cuando escuchó su nombre que provenía de la joven que bajaba las escaleras.

—¿Y este qué hace aquí? —preguntó refiriéndose a Luciano.

—Reparará el reloj —respondió Amelia—. Y no te preocupes, ya se va —agregó.

—Perdón, señora, antes de irme, ¿podría decirme cómo se llama el señor que me contrata? —preguntó el relojero.

—Típico de mi papá, piensa que cualquier chusma lo conoce —intervino la recién llegada.

Del mismo modo despectivo y frío para tratar a las personas, la hija del magnate observaba al relojero, quien no esperó la respuesta, se levantó de la mesa y se despidió con un «Hasta mañana entonces, señoras».

Mientras esperaba el bus que lo retornaría al centro de la ciudad, Luciano montaba su monólogo: «Pobres personas, creen que por tener *pisto* les da el derecho a tratar mal, ni siquiera un vaso de agua me ofrecieron. Y la señorita caquera debería verse en un espejo... Aunque no es fea, pero está más pálida que un papel, como que no tuvieran ni mierda que comer, anémica».

Y por la noche, en la cama, la mente del relojero continuaba por ratos, acompasado por ese movimiento oscilante, lo que no había expresado al magnate, eso que no pudo explicar, esa sensación desconocida que lo había invadido cuando estuvo frente al viejo reloj, como si escuchara voces que provenían desde el interior de su añeja armadura, quizás era toda esa carga magnética aquilatada por el paso de los siglos, sus antiguas pulsaciones hoy apagadas, quizás era eso, ese cúmulo de palabras ahogadas, que ahora parecían intentar mover esa vieja cuerda oxidada, ese tañer censurado.